

á Raquel y á Lia, y las hizo venir al campo, en donde apacentaba sus ganados. Allí las recordó el cambio que observaba en Laban con respecto á él, y que habia por diez veces trocado la paga ó remuneracion á sus servicios, y modificado las cláusulas del pacto primitivo. “Así, añadió, Dios ha quitado sus bienes á vuestro padre para dármelos á mí..... Y me ha dicho: Levántate, sal de esta tierra, y apresúrate á volver á la tierra en donde naciste.” Raquel y Lia no tenian mucho que agradecer á las atenciones que con ellas habia usado su padre, y no les quedaban para el porvenir esperanzas mas lisonjeras de lo que habia sido lo pasado, y así dijeron á una voz: “¿Tenemos acaso algo que esperar en los bienes y herencia de la casa de nuestro padre? ¿Por ventura, no nos ha mirado él como extrañas, y no nos ha vendido, y no se ha comido el precio de nuestra venta? Pero Dios ha tomado las riquezas de nuestro padre, y nos las ha dado á nosotras y á nuestros hijos, y así, haz todo lo que Dios te ha ordenado.” Estos motivos de queja son ingenuamente deducidos; pero lo que mas los ensalza es el sentimiento religioso de estas dos mujeres, y su confianza en la decision de Jacob. Hay en el corazon de la mujer cierto instinto noble y providencial de acojerse bajo la proteccion de la fortaleza y del consejo; y ya sea que ella encuentre en su natural debilidad un cierto aviso de desconfiar de sí misma, ó sea mas bien que vea reflejar con viveza en el puro cristal de su corazon la imájen de cuanto es justo, delicado y verdadero, la mujer, por lo general, se ampara pronto y voluntariamente bajo las alas de Dios; y busca instintivamente en el querer de su esposo el eco de la voluntad divina. Y este abandono y esta dependencia le son dulces y fáciles, no solo porque de este modo se libra de la incertidumbre y de la ansiedad, lo cual no pasaria de un calculado egoismo, sino tambien porque toda su vida está puesta en el espíritu de sacrificio, y porque su generosidad no es menor que su vocacion. Dios, por fin, que cubre de flores el yugo que impone, inclina los corazones por su gracia, así como dobla los destinos por su fuerza; y

dando al hombre una personalidad ardiente, celosa de la iniciativa, y fiera por la libertad de sus movimientos, inspira á la mujer la inteligencia y el amor de los sacrificios, y parece quedarse mas cerca de ella para aconsejarla y sostenerla.

Jacob, pues, hizo subir sus mujeres y sus hijos sobre camellos, y llevó consigo todos los ganados y riquezas que habia acumulado en la Mesopotamia. Raquel por su parte se llevó los ídolos que habia hurtado á su padre, aprovechando su ausencia, pues éste habia ido al esquila de sus ganados. La partida se preparó y se verificó sin saberlo Laban, que se hallaba ausente, pues no quiso Jacob declarar á su suegro que se marchaba; pero como no era fácil que comitiva tan numerosa pudiese partir en secreto, Laban, que estaba distante tres jornadas, tuvo noticia, despues de tres dias, de la partida de su yerno, cuando la caravana habia pasado ya el Eufrates, y se adelantaba en la direccion de Occidente. Indignése Laban luego que supo la salida de Jacob; y reuniendo su familia y sus servidores, se puso en marcha para darle alcance, y despues de siete dias de camino, bastante precipitado, logró alcanzarle realmente junto á una montaña que tomó despues el nombre de Galaad, por lo que luego se dirá, que se extiende desde el Líbano al Norte, hasta el término que poseía Schon rey de los amorreos y que fué cedido posteriormente á la tribu de Ruben. Jacob habia levantado allí su tienda, y Laban levantó tambien la suya á corta distancia, con la idea sin duda de vengarse el dia siguiente. Pero durante la noche, se le apareció Dios en sueños, y por sus amenazas le desvió de todo proyecto de venganza. “Guárdate, le dijo, de hablar con aspereza á Jacob.” Dios, al modo de una madre que con solícita ternura observa y protege el sueño de su hijo, vela por la inocencia dormida, y cubre de un terror sombrío la conciencia del hombre injusto.

Laban, calmado, fué pacíficamente al fujitivo y le dijo: “¿Por qué te has portado de esa manera, arrebatándome mis hijas, sin darme parte, como si fuesen prisioneras de guerra? ¿Por qué haz

querido huir, sin yo saberlo, y sin darme el menor aviso? Yo te hubiera acompañado con regocijos y cantares, al son de panderos y de vitruelas. Ni siquiera me has permitido el dar un beso de despedida á mis hijos ó hijas. Néciamente has obrado. Bien es verdad que ahora está en mi mano darte el castigo que mereces; pero el Dios de vuestro padre me dijo ayer: "*Guárdate de proferir palabra alguna que pueda ofender á Jacob.* No te echo en cara el deseo de volver á los tuyos y de regresar á la casa de tus padres, mas ¿á qué propósito robarme mis ídolos?" Respondió Jacob: "El haberme marchado sin darte ántes aviso, ha sido porque temí que me quitases por fuerza tus hijas. En cuanto al robo que me reconviene, cualquiera en cuyo poder hallares tus dioses, sea muerto á presencia de nuestros hermanos. Haz tus pesquisas, y todo lo que hallares de tus cosas en poder mio, llévatelo." Cuando así hablaba Jacob, ignoraba que Raquel, no se sabe por qué, hubiese hurtado de la casa paterna algunos ídolos, especie de simulacros que figuraban los antepasados, ó tal vez algunas falsas divinidades, lo cual ha dado margen á muchos intérpretes para creer que Laban mezclaba la idolatría con el culto del verdadero Dios. Es muy posible que Raquel se llevase aquellas imágenes, hechas tal vez de metal preciosos para indemnizarse así de las injusticias de su padre: ó ¿hubiera querido quizá, por mas noble motivo, quitarle los objetos de sus prácticas profanas y supersticiosas?

Sea de esto lo que fuere, tomó ella tales medidas, que inutilizó todas las investigaciones de Laban: sentóse sobre los ídolos, cuando su padre, después de haber registrado en vano las tiendas de Jacob y de Lia y de las dos esclavas, entró á buscarlas en la tienda que ella habitaba y se excusó de no poder levantarse á su presencia, so pretexto de alguna indisposición mujerial. Enojado entónces Jacob del ultraje que con tales sospechas acababa de recibir de su suegro, le dijo con acrimonia: "¿Por qué culpa mía, ó por qué pecado mio te has enardecido tanto en perseguirme, hasta escudriñar todo mi equipaje? ¿Y qué es lo que

has hallado de todos los haberes de tu casa? Ponla aquí á la vista de mis hermanos y de los tuyos, y sean ellos jueces entre nosotros dos. ¿Es esta la recompensa de veinte años pasados contigo? Tus ovejas y tus cabras no fueron estériles; ni me he alimentado de los carneros de tu grey, ni jamás te mostré lo que las fieras habian arrebatado; yo resarcia todo el daño, y todo lo que faltaba por algun hurto, tú me lo exijas con rigor. Día y noche andaba quemado por el calor y aterido por el hielo: el sueño huía de mis ojos. De esta suerte por espacio de veinte años te he servido en tu casa, catorce por tus hijas y seis por tus rebaños: después de esto, tú por diez veces me mudaste mi paga. Y si el Dios de mi padre Abraham, si aquel Dios á quien teme y adora Isaac, no me hubiese asistido, tú quizá ahora me hubieras despachado desnudo. Dios ha mirado mi tribulacion y el trabajo de mis manos, y por esto ayer te reprendió.

Nada habia que replicar á semejantes razones. Ablandóse Laban, y sintiéndose conmovidas las entrañas, dijo: "Mis hijas y mis nietos y todo cuanto ves en poder tuyo es cosa mia." Como si dijera: me es tan caro como mis propios bienes. "¿Qué mal puedo yo hacer á mis hijas y á los hijos de éstas? Ea, pues, hagámos una alianza que sirva de testimonio de la armonía entre nosotros dos." Jacob quedó muy satisfecho de este desenlace: él, pues, y los suyos reunieron una porcion de piedras, y formaron un majano ó monton grande que termina en un plano, y comieron encima de él. Este majano, que venia á ser un pequeño cerro ó montecillo, estaba destinado á servir de límite entre las posesiones de ambos parientes, y nadie podia traspasarlo con miras de hostilidad. Era costumbre en los antiguos pueblos de levantar esta especie de monumentos, para trasmitir á la posteridad la memoria de hechos considerables: los viajeros ilustres y los guerreros dejaban estas trazas ó vestigios de su paso ó de sus hazañas. A estos montones de piedras, mas ó ménos informes, se daba un nombre, que recordaba su naturaleza y su origen. Así, Laban y Jacob llamaron á su monumento majano ó cerro

del testimonio, porque debía quedar como un mudo testigo de la fé jurada, y por esto se llamó Galad por los hebreos, que significa, Monton testigo. El contrato fué puesto bajo la garantía sagrada del Dios que temia Isaac, del Dios de Abraham y de Nachor. Porque Isaac vivia aún, y por eso no se llamaba el Dios de Isaac, sino el temor de Isaac: *Menoch.* Las dos familias se reunieron para inmolar víctimas y comer juntas en señal de alianza y amistad. A la mañana siguiente Laban se levantó ántes de despuntar el dia, abrazó á sus hijos é hijas, los bendijo, y regresó á su lugar.

La avaricia y el interes son viejas é incurables dolencias: en el dia, así como en el tiempo de Laban, el hombre no tanto es rico por lo que posee, como pobre por lo que le falta. Frágil y caduco, suplica y busca donde quiera un punto de apoyo y una proteccion: parece devorarlo todo en la avidéz de sus deseos, á pesar de lo poco que en realidad necesita. Desconoce las afeciones de familia, ahoga la voz de la sangre para añadir algunas leguas mas á su imperio de un dia y aumentar el número de sus vasallos, aun cuando estos no sean mas que rebaños de ovejas. ¡Tal es el ansia natural de dominar, raiz funesta del primitivo orgullo! ¡Feliz aún cuando su espíritu, atormentado un momento por la sed de adquirir, se aplaca por fin en nombre de la razon y de la religion, y aprende á sacrificar á la justicia y á la concordia envidiosas pretenciones é ilegítimas riquezas! Mas, ¿qué será cuando desconozca enteramente estos nombres sagrados, y sediento de gozar, y creyéndose con derecho sobre todo, se abalance como un buitre sobre su presa? ¿Qué será de la sociedad, cuando rotos todos los lazos que la conservan en armonía, se desborden sin dique algunos todas las pasiones de la ambicion, para devorarse unos á otros como un enjambre de insectos?

Despues de haberse retirado Laban, continuó Jacob su camino, y despues de haber tenido algunas visiones misteriosas que le anunciaban la defensa y la proteccion de Dios, bajo cuyo

poder caminaba seguro, envió mensajeros para que noticiasen su regreso á su hermano Esau, tan irritado en otro tiempo contra él, el cual habitaba en Seir, en la tierra de Edom. Estos enviados trajeron la noticia que Esau venia presaroso al encuentro de Jacob, al frente de cuatrocientos hombres. Sobrecojido Jacob de temor y aterrado, sin dejar de confiar en Dios, tomó las precauciones que su posicion le permitia; como así debe obrar el justo, que no por lo que espera de la Providencia ha de descuidar las medidas que en el órden puramente humano le aconseja la prudencia; lo contrario seria presuntuosa temeridad, y esta indolencia fuera criminal. Dividió en dos bandos la gente que consigo tenia, junto con dos ganados de ovejas, de bueyes y de camellos, para que si caia la una en manos de Esau, ó fuese por él destrozada, pudiese á lo ménos escapar la otra. Buscó despues en el cielo un socorro mas eficaz que todas estas medidas, é hizo esta oracion: "Oh Dios de mi padre Abraham, y Dios de Isaac, mi padre; tú, Señor, que me dijiste: *Vuélvete á tu país y al lugar de tu nacimiento y yo te colmaré de beneficios*, indigno soy de todas tus misericordias y de la fidelidad con que has cumplido á tu siervo las promesas que le hiciste. Solo con mi cayado pasé este Jordan, y ahora vuelvo con dos cuadrillas de gentes y ganados. Líbrame te ruego de las manos de mi hermano Esau, porque le temo mucho: no sea que arremetiéndolo acabe con madres é hijos. Tú me prometiste colmarme de bienes, y multiplicar mi descendencia como las arenas del mar, cuyos granos son innumerables....." Cuando se desea para sí la fortuna, debe recurrirse á Dios que la tiene en su mano. No hay duda que la marcha de los acontecimientos fué decretada ya desde un principio en los consejos eternos; pero desde entónces tambien nuestra oracion ejerció su influencia sobre los divinos decretos. De este modo nuestra alma no yace abatida bajo el peso de la fatalidad, pues que se tuvieron ya en cuenta sus libres actos; y si no le es permitido penetrar en lo futuro, es para que conserve siempre en sus resoluciones una liber-

dad perfecta. Tal es la bella y honorífica doctrina del cristianismo que eleva y glorifica al hombre, asociándole á las obras de la Providencia.

Jacob separó de sus rebaños lo que tenía voluntad de ofrecer á su hermano que no dejaba de ser de alguna consideración. Doscientas cabras, veinte machos de cabrío, doscientas ovejas, veinte carneros, treinta camellas paridas, que daban regalada leche á sus crias, muy estimada de los antiguos; cuarenta vacas, veinte toros, veinte asnos y diez de sus pollinos. Estos presentes, que manifiestan la rica abundancia y la generosidad de su dueño, fueron enviados por Jacob á Esau, bajo la dirección de varios servidores ó dependientes, que debían dejar entre sí algún intervalo ó trecho. Y dió órdenes á todos los conductores de aquellas manadas, que informasen á su hermano ser aquello un regalo de su siervo Jacob, el cual venía detrás en persona, esperando que su generosa amistad, dando así á la cólera de Esau asaltos sucesivos, acabaría por vencerla completamente. Remitiendo, pues, los dones por delante, y precedido de aquella especie de vanguardia, pasó aquella noche en su campamento, y el día siguiente partió muy de mañana con sus mujeres, sus servidores y sus once hijos, y pasó el vado de Jacob. Apartóse un poco de su comitiva, se le apareció un ángel en figura de hombre, que comenzó á luchar con él hasta la mañana. El valor de Jacob fué mayor que el peligro, porque el espíritu celeste templó su fuerza y se dejó vencer por su rival. Esta victoria alentó al abatido Jacob, dándole á conocer que su valor superaría al de los demás hombres, y le valió el mudar su nombre con el de *Israel*; que significa poderoso contra Dios, porque había sostenido gloriosamente el ataque contra el enviado divino. Esta lucha es la imájen de las angustias de que se mira cercada nuestra alma en circunstancias difíciles y extremas: una fuerza superior nos acomete y se echa sobre nosotros como un águila que cae sobre su presa: la inteligencia, el valor y la virtud debaten entre sí en el doloroso recinto del alma: el éxito queda suspenso

por largo tiempo, hasta el momento en que, coronando Dios una magnanimidad que él mismo ha inspirado, sale el hombre de la lucha rendido de fatiga, pero recompensado por una victoria. Jacob llamó aquel lugar *Panuel*, esto es, vista ó rostro de Dios, y exclamó: Yo he visto á Dios cara á cara y mi vida ha quedado en salvo.

Entre tanto Esau se adelantaba con sus cuatrocientos hombres. Levantó Jacob los ojos y le vió venir con toda su comitiva, y dividió su familia en tres grupos. Al frente iban las dos siervas y sus hijas: Lia y su hija venían en segundo lugar, y seguían por fin Raquel y José, dos personas queridas que alejaba cuanto podía de todo peligro. El mismo Jacob se adelantó para ir al encuentro de Esau: los dos hermanos profundamente conmovidos, se estrecharon en sus brazos con la mayor ternura, derramando lágrimas; y levantando Esau los ojos, vió las mujeres y los niños, y dijo: “¿Quiénes son estos? ¿te pertenecen á tí?” Y respondió Jacob: “Son los hijos que Dios ha dado á tu servidor.” Y acercándose las siervas con sus hijos, se postraron á los pies de Esau. Lia le saludó despues: Raquel se adelantó la última, al modo que se corona un ramillete de flores arregladas con arte, colocando sobre todas las demás la de mas ricos colores y mas exquisitos perfumes.

Jacob había procurado manifestar á su hermano todas las señales de sumision y de respeto, haciéndole siete veces y á diferentes trechos los saludos que eran costumbre de aquel país para honrar á los grandes personajes. Cuando le preguntó Esau, qué significaban aquellas cuadrillas que él había encontrado, respondióle Jacob: “El deseo de hallar gracia en presencia de mi señor.” “Poseo grandes bienes, hermano mio, replicó Esau, guarda para tí lo tuyo.” Pero Jacob, insistiendo en su generoso afecto, le dijo: “No hagas tal, te suplico; ántes bien, si es que yo he hallado gracia á tus ojos, recibe de mis manos este pequeño regalo, ya que al ver tu semblante me ha parecido ver el rostro de Dios.” Estas palabras proferidas por Jacob con toda la

sinceridad de su alma, triunfaron de la resistencia de Esau, el cual se dejó vencer por las instancias de su hermano; aceptó los presentes, y se ofreció á acompañarle en su camino. Jacob le manifestó su reconocimiento, pero le hizo advertir que él, á causa de sus mujeres y sus hijos y de sus ganados, no podia andar sino muy despacio y á cortos trechos. “Vaya, añadió, mi señor delante de su siervo: yo seguiré poco á poco sus pisadas, segun viere que pueden aguantar mis niños, hasta tanto que llegue á verme con mi señor en Seir.” Pero replicó Esau: “Ruégote que tomes á lo ménos parte de la gente que viene conmigo para acompañarte en tu viaje.” No es menester, contestó Jacob, lo que solamente necesito es, señor mio, que me conserves tu gracia. Y así se separaron reconciliados. Volvióse Esau aquel mismo dia á Seir, por el camino que habia traído, y en donde habia fijado su domicilio. Esta region, que tiene tambien el nombre de Idumea, se extendia entre la Arabia Petrea, el Egipto y la Palestina. Jacob fué á plantar sus tiendas sobre la orilla oriental del Jordan, frente del lugar en donde fué edificada un poco mas tarde la ciudad de Scythopólis; y se adelantó hasta las cercanías de Siquem, á fin de procurar abundancia de pastos á sus rebaños. En el dia, aun las faldas de las colinas que rodean á Siquem, estan cubiertas de verdor, y los pastores árabes guardan allí sus cabras, haciendo salir de una especie de flauta con dos tubos algunos sonidos salvajes.

Cuando Jacob pasó á habitar cerca de Salem, ciudad de los siquemitas, en la tierra de Canaan, despues de algun tiempo de haber vuelto de Mesopotamia de Siria, compró la parte del campo en que habia fijado sus tiendas de campaña á los hijos de Hemor, padre de Siquem, por cien corderos; y como habia escogido aquel lugar para su permanencia, erigió un altar al Dios verdadero, al Dios de los fuertes, para vivir él y toda su numerosa familia bajo la proteccion del Señor.

Jacob tenia once hijos y una hija llamada Dina, hija de Lia su primera esposa. Rico con los bienes de la tierra, y mas rico aún

con sus creencias, llevaba una vida apacible, que nada parecia deber alterar. Pero sobrevino una catástrofe terrible y no muy generalmente conocida. Las sagradas páginas presentan aquí una mancha de sangre, de la que se apartan los ojos con horror. Sin embargo, para dar alguna amenidad á nuestra lectura, trascribiremos algunos fragmentos de una leyenda sagrada que habiamos bosquejado en los ócios de nuestra juventud, cuando las escenas encantadoras de la Biblia daban pábulo al fuego de nuestra fantasía y hacian latir por primera vez el corazon. Hé aquí algunos fragmentos del *Rapto de Dina*.

Despues de la reconciliacion de Esau con su hermano, se establecieron los hijos de éste en el delicioso país de Salem. Isaac, padre venerable de aquella tribu, veia con placer aseguradas sus esperanzas en tantas generaciones, que vivian felizmente á la sombra de la paz y del amor, y gustaba sostener sobre sus trémulas rodillas á los hijos de sus nietos.

No es fácil formarse una idea de aquella sociedad naciente, sin otra ley que la de la naturaleza, descansando bajo el suave abrigo del gobierno patriarcal. Los antiguos griegos nos figuraron en algun modo esta sociedad en los felices habitantes de la Arcadia. ¿Qué puede bosquejar el pincel de la poesía de aquel país encantador? La familia de Israel, ántes de ser esclava de los egipcios, disfrutó por algunos años aquella vida deliciosa, imájen bien que imperfecta del Edén cantado por Milton, y de la felicidad que probó el hombre en los cortos dias de su inocencia.....

.....

La tradicion del diluvio era todavía reciente, y sin embargo la idea del verdadero Dios se hallaba reducida al corto recinto de aquel pueblo. El hombre se habia olvidado de su Criador. O se creia capaz de formar un Dios con sus propias manos, ó hacia de sí mismo su ídolo. Esparecidas se veian por toda la tierra semillas de aquella supersticion que debia producir mónstruos y hacer adorar á los hombres sus propios delitos. ¡Triste herencia de la

muerte justamente merecida por la desobediencia del primer hombre!

Pero presto debía acabar la paz de esta sociedad que conservaba algunos vestigios de la dicha primitiva, y se mantenía como un albergue sagrado en que Dios conservaba como en depósito la cuna de la religión. El mismo Dios les había inspirado el sencillo culto de los sacrificios, que consistían en inmolar la res más preciosa de sus rebaños, con alguna súplica ó deprecación. Muerto Isaac, Jacob quedó jefe y sacerdote de aquella numerosa familia; carácter sagrado que después debía perpetuarse en los descendientes de la tribu de Leví.

Hemor, príncipe y dueño de la comarca, había vendido á Jacob una gran parte de territorio para que se estableciese allí con todo su pueblo. En medio de una llanura inmensa se levantaban algunos pequeños collados cubiertos de verdor. Se veían de trecho en trecho grupos de álamos y palmeros, que habían dado su sombra á los primeros patriarcas. A lo lejos se descubría una selva de plátanos y cedros, cuyas altas copas sacudidas por el viento, parecían confundirse con las nubes en la región de las tempestades, y trasplantados después en el monte Líbano, merecieron ser cantados por el arpa de David. Cuando el sol de medio día abrasaba el aire y la tierra con sus rayos de fuego, el interior de la selva era apacible. Ni el viento, ni el sol, podían penetrar la densidad de aquel asilo regalado, que la naturaleza había dispuesto en medio de vastas llanuras y de arenales inmensos. El viento se convertía en un ambiente suave y aromático, y la luz solar, perdiendo su intensidad, venía á ser como el crepúsculo deleitoso de la mañana.

La mano del hombre se reparaba apenas en aquellos campos incultos. No había propiedad señalada para cada uno de los miembros de la familia: todos poseían en común aquella región agradable. La tierra vírgen, abandonada á su propia fecundidad, se cubría de flores y legumbres silvestres, sin que hubiese de regarla el sudor del hombre, pues aun sobraban para su sustento y para el

pasto de sus numerosos rebaños. Raquel, Lia y las hijas de Jacob cuidaban en un corto recinto algunas flores queridas, la rosa, el clavel, el lirio y el jacinto. Los hombres se ocupaban en pasturar los ganados, vagando libremente por las campiñas. Tal era la felicidad de aquellos pueblos pastores.

Dina, la más bella entre las hijas de Israel, era el ídolo de sus hermanos y el embeleso de sus padres. Nacida de Lia, otra de las esposas de Jacob, crecía como uno de aquellos lirios tiernos que cuidaba su madre. Cuando alzaba tímidamente sus negros y rasgados ojos, que brillaban sobre un cutis finísimo, hacía recordar la modesta vivacidad de Rebeca, y en todo su cuerpo se veían delineadas las bellas formas de Raquel. Rayaba á los quince años, y sus labios tan puros como su alma solamente sonreían al beso paternal. Cuando Jacob contaba las maravillas del Dios de sus padres, quedaba absorta al escucharle: sus inocentes miradas se dirigían al cielo, y como si hubiese leído en las facciones de su padre algún secreto, se notaba en su semblante un no sé qué de celestial.

En una de aquellas noches apacibles, en que el cielo sembrado de estrellas, aparece sobre la vasta naturaleza como un campo resplandeciente y solitario, estaba reunida en un pequeño bosque la familia de Jacob, el cual se hallaba sumido en un profundo sueño. Despiértase de repente como inspirado, y exclama: ¡Hijos míos! El Dios que salvó á Isaac, mi padre, reclama de nosotros un sacrificio. Levantad vuestros ojos á estas inmensas alturas. El Señor tiene allí su trono de majestad. ¡Cuántos astros publican su gloria! Sí, me parece verle todavía en los campos de Betel. Yo le ví: yo le ví: una ráfaga de luz bajaba del cielo y por ella descendían los espíritus del Señor..... ¡Dios piadoso! Acuérdate de las promesas que hiciste á tu siervo. En él serán benditas todas las generaciones.

Las hijas de Jacob lo preparan todo para el sacrificio. Neftalí y Rubén llevan dos corderos sin mancha, y Dina apareja el aceite sagrado. Jacob, postrado á la presencia del Señor, derrama el

óleo sobre la piedra del sacrificio, como lo hizo en el lugar de la vision misteriosa, y ántes de inmolar las víctimas dirige una oracion al Señor. “¡Oh Dios de mis padres! recibe con agrado este holocausto. Suba nuestra débil voz hasta tu s6lio eterno. ¡Ten compasion del hombre desgraciado! ¡pueda algun dia ser feliz, y recobrar la vida inmortal que perdi6 por el delito!”

Estas palabras, pronunciadas con un acento profético, en medio del silencio y á la luz de los astros de la noche, enternecieron el corazon de Dina, como si estuviera iniciada en los misterios mas profundos. Jacob toma un ancho cuchillo é inmola la víctima. Dos de sus hijos acercan el vaso de bronce para recojer la sangre, y algunos esclavos preparan la leña para consumir el sacrificio.

Aser, hijo de Zelfa, esclava de Lia, y hermano de Dina por parte de su padre Jacob, llegaba apénas á los veinte años. Amado de Lia como hijo suyo, por serlo de su esclava, habia crecido junto con la niña Dina, y las madres de entrambos se complacian en confundirles en su cari6o. Sus corazones cándidos se amaban tiernamente; el uno formaba las delicias del otro; pero con aquel amor inocente y fraternal que participa de todas las dulzuras sin temer sus peligros.....

En este momento contemplaba Aser las lágrimas que brotaban de los ojos de su hermana y brillaban con el fuego del sacrificio. Dina miraba tambien á su hermano, se conmovia agitada por aquella vaga inquietud que siente el corazon cuando se abre por primera vez á las bellas ilusiones de la vida. Habia rogado á su padre que les contase la historia de los hombres, y una mirada suya anunció al anciano patriarca los deseos de su hija. Dina corri6 al lado de su madre; Aser no se atrevió á seguirla, y se sent6 con los demas hermanos que formaban como un semicírculo al rededor de Jacob. Los esclavos en pié y á cierta distancia, guardaban silencio, y las sombras de algunos camellos inm6viles se dibujaban débilmente en el suelo, oscilando como las llamas ya moribundas del fuego del sacrificio.

Voy á contaros, dijo el patriarca, acabada ya la ceremonia, la historia de nuestros padres, y las misericordias que el Señor ha derramado sobre nosotros. Aquí pint6 las delicias del Edén y los venturosos dias de la inocencia, la astucia maliciosa de la serpiente, la debilidad de la primera mujer y el funesto efecto de sus ruegos; el rubor, hijo del delito, las amenazas del Señor y el castigo de Adán y de su esposa. Cuando referia el destierro de los dos desventurados al dejar aquella mansion de placeres y de felicidad, los sollozos interrumpian sus palabras, y las lágrimas de todos corrián con abundancia.

En seguida present6 á la muerte introducida en el mundo por la envidia fraternal. La dulzura y el candor de Abel interesaron á la jóven hebrea, y el ódio mortal de Cain á su inocente hermano, cubrió de una especie de rubor la frente de algunos hijos de Jacob.

Este se par6 un instante para hablar de las maldades de aquellos primeros habitantes que tan rápidamente se habian multiplicado. La tierna edad de Dina, en quien fij6 los ojos, y su modestia angelical, ponian algun estorbo á sus lábios. ¿Cómo hubiera podido pintar con todos sus colores á los ojos de la inocencia, aquellas iniquidades nefandas que estremecen á la naturaleza é hicieron arrepentir á Dios de haber criado el hombre? El amor impuro, dijo, fué despues del ódio la pasion mas funesta de la criatura corrompida. Un apetito brutal sofoc6 en el hombre el soplo divino de la razon que el Señor habia infundido á su alma, y am6 igualarse con los irracionales. Corramos un velo á tantos horrores, hijos míos; la iniquidad habia inundado la tierra, y era preciso renovar enteramente su faz. Noé, el justo Noé, fué elegido para conservar despues del diluvio la especie humana.

“Figuraos, hijos míos, á la tierra sumerjida en las aguas, y al sol abismado y sin brillo en medio de los cielos. El mar sali6 de su centro como un mónstruo para devorar á los vivientes de la tierra; abriéronse las cataratas del cielo, y el mundo qued6 desolado. El Arca entretanto nadaba sobre la vasta inmensidad de un mar